



Ce ¹

Había ruido en la noche cuando estuvimos llegando a nuestra milpa. Mi padre me dijo de no preocuparme, porque nada más eran unos animalitos nocturnos que salían a comer... y a disfrutar de la noche como al diario, los niños disfrutaban de la Casa del día;

- Es el silencio el peligro *nopiltzintli* – me confió mi papi.

- Es cuando ya no se oye ruidos que hay que preocuparse – prosiguió – sobre todo si de repente, escuchas imponentes pisoteadas, como las de un *tecuanitl* hambriento que se acerca más y más, hasta iiiAAUUOORRGHH!!! – hizo saltándome encima y desde luego, espantándome.

Mi padre siempre sabía contarme las cosas de modo que no solamente las entendiera, pero también para que se me graven. A cambio, llegaba a tener preguntas que sí me parecían bastante interesantes, y recibían ahí, su indiferencia la más profunda; pues mi padre era un hombre raro, hasta se decía en nuestro valle siempre verde como jade, que era *nahualli* ² – un chaman verdadero, en otras palabras. Y sí, lo era... como me iba a dar cuenta en el transcurso de mi niñez:

En ese entonces, claro – no tenía de otra –, me quedaba con la idea que mi papá era algo taciturno y solitario, pues no era muy platicón y tenía la costumbre de ausentarse con las puestas de la fogata divina y colorada del cielo... yéndose ¿quién sabe dónde? y para regresar ¿quién sabe cuándo?

Gracias a nuestro Señor del tiempo, supe que se ausentaba para disfrazarse de *cacalotl*, a veces de *huexolotl*... y no para ser malito, sino más bien para acercarse a la gente – nadie hace caso de un *huexolotl*, menos de un *cacalotl* –, para conocerla en su cotidiano íntimo, al fin de regalarle lo que más necesitaba, tanto cuando se podía.

Si mi padre era un hombre extraño cual el Reino del misterio³, gozaba de un corazón igual al del Señor de las aguas y de los truenos – nuestro manso y valiente Tlaloc: divinidad patronal de nuestro pueblo atlateco desde que nos haya hecho salir de las aguas del Anáhuac⁴... bueno, según las enseñanzas de las escuelas de nuestro valle y el sentido común atlateco de la época de mi relato. Así, mi papi era un hombre manso y valiente, que tenía los rasgos sagrados de nuestros cerros, pintados por los muchísimos Fuegos Nuevos... y muchas más temporadas. Lo más singular creo, es que disfrutaba de una fluidez tal, que podía ligar con el sentido común de una forma totalmente desinteresada, sin que nunca parezca molesto por nadie y nada.

En la Casa de la noche, prendida de una miríada de fogatas, el penacho plateado de nuestro valiente Señor Tlaloc centelleaba casi lleno, cuando mi papi me dijo de sacar un puñito de semillas – revueltas de *xonotzintli*, de *ceniahuitzintli*, de *etzintli* y de *ayotzintli* – del morralito que me había puesto al salir de casa. Guiñó sus ojos como los *cacalomeh* y luego me dijo de sembrar el primer surco, enseñándome como echar las semillas y servirme de los pies para cubrirlas de tierra. Para avanzar dos pies suyos tenía que hacer un paso, y volvía a echar semillas cubriéndolas de tierra... después de un surco había que regresar, al fin de regar las semillitas con el *oaxitl*, que cargaba del otro lado del morral.

¹ Todas las palabras escritas de formas cursivas – y otras en náhuatl – se encuentran con su traducción, en el glosario al final del libro.

² Hoy se llama “nagual”, entendido como brujo que se transforma en animal; pero para nosotros eran los chamanes verdaderos – los demás eran brujos comunes y corrientes –, puesto que habían conseguido alcanzar la armonía de su yo desencarnado, su “nagual” – cual mora en el Otro mundo – con su yo encarnado – cual vive en el plan terrenal con los demás. Es decir que eran muertos y vivos a la vez; capaces de pasar de una realidad para la otra en un parpadeo de ojos... desde luego transformarse en animal, para ellos, era un juego de niño.

³ Así llamábamos al Otro mundo; el Lugar a donde viven el nagual, los muertos y los Señores.

⁴ El precioso lago, cuna de nuestra civilización, al norte de nuestro valle.

Nuestras sombras se iluminaban de tonos azules, con la luz que nos iba regalando nuestro manso Tlaloc, y la tierra arada que habíamos venido a trabajar toda la *macuilli* ⁵, se veía morada y topaba con un horizonte oscuro. La noche iba entonando – alegre – odas tras odas... y ya los ruidos de su soberana realidad se pusieron algo familiar. Sin embargo quedaba atento, a todo lo que mi papi estaba haciendo y diciendo. Me encantaba.

Tenía cinco años y era el primer año que mi papá me llevaba con él al campo para trabajar la tierra: era convencido que se necesitaba aprender a trabajar la tierra antes de aprender a trabajar su *ilanmictli* – corazón nuestro⁶, a donde viven los recuerdos de toda nuestra gente y ajena – en las *Tlalocaltin*, en las escuelas de nuestro valle. En lo personal, era encantadísimo de poder salir a sembrar como todos los hombres de nuestra aldea – y las demás –, aunque a mi padre no parecía nada emocionado... guardaba su pinta de siempre; o sea rara, grave y bella cual la naturaleza.

Las lluvias ya estaban por llegar: las *xicantecontin* cenizas que anuncian las riberas de la temporada, habían vuelto a abundar desde rato, como las *tzitzicatl* que trabajaban todas como locas; yendo almacenando bastante comida para cruzar aquella temporada.

- ¿Porque no venimos de día como los otros hombres *notahtzintli*? - ...

- ¿Porque no sembramos con las primeras lluvias como dice *tlahtzintli* Tlalca?

- Porque *nicnitzin* es lindo y valiente, a pesar que no sabe más del arte de sembrar que una *tzicatl* sabe del mundo que la rodea.

- ...

- Es mejor sembrar con la luz creciente de nuestro Señor *nopiltzintli* – hizo con una mueca chistosa y compasiva –, si quieres tener una buena cosecha pues... ¡una cosecha de onda! – concluyó con una sonrisa exagerada de *tzapalolli*; haciéndome reír.

Es cierto que mi padre además de su fama de *nahualli*, tenía también la fama de campesino de serie. Por lo tanto, todos creían que era por ser brujo que sus milpas daban más que las demás, pero de hecho – aquí – toda su brujería consistía de una mano, a considerar cada planta como a cualquier humano, y de la otra, a ayunar toda la temporada y todavía otro tantito más, al fin de honrar nuestro Tlaloc – Señor de las aguas de los cielos, de la tierra, como de abajo.

Los *chochopilli* y varios otros insectos estaban tocando muy alto, cuando empecé a agarrar el truco. Olía a noche, el campo reflejaba colores azuleados y sembré hasta que se terminen las semillas de mi morralito. Regué las que acaba de cubrir de tierra, me estiré y luego me fui a recostar al *mazacuahuatl* cerca del pozo... a donde mi padre había dejado el *oaxitl* de *meoctzintli* ⁷ – licor divino de nuestra Señora del *metzin* : Meyahualli. Había sembrado la décima parte de la futura milpa y me sentía a la vez, cansado y orgulloso. No se veía mucho al lado del trabajo de mi padre – quien estaba llegando más allá de la mitad –, pero no se veía mal tampoco. ¡Nada mal!

Tomé un largo trago y sentí luego luego, el *meoctzin* – tan natural como fresco – burbujear por mi boca, mi garganta e ir vehiculando el bienestar por todo mi cuerpo, alcanzando la punta de mis deditos... No tardé en enrollarme de mi vieja tilma, dejando el canto de los *chopiltin* llevarme por las praderas estrelladas que se vislumbraban por ahí – entre cielo y tierra. Cerré los ojos, escuché los altos y los bajos de los otros insectos vibrar en la lontananza... oí unos *itzcuiltin* ⁸ ladrar por allá, y me metí en la Casa del misterio, sin ni siquiera darme cuenta.

⁵ Así llamábamos nuestras semanas porque tenían cinco días... o *macuilli totonalli*.

⁶ Fuente de nuestra intención propia.

⁷ Cuando llegarían los Cristianos, el *meoctl* ya se llamaba *octli*, luego *aoctli*, pero eso fue mucho tiempo después de mi historia.

⁸ Eran las mascotas comunes y corrientes de los hogares atlatecos, como del resto del mundo conocido; pues se creía que por su fidelidad estos perros nos acompañaban en el Otro mundo, al fin de ayudarnos a encontrar nuestro camino rumbo al Lugar de donde provenimos. Existía también otros perros *tlatlachichitl*, pero que no teníamos en nuestro valle porque se criaban más bien por su carne y nosotros – los Atlatecos –, casi no comíamos carne de mamíferos.



Ome

Al otro día, el divino fuego amarillo del Señor Ilhuicatzin Tonatiuh – Señor de la Casa del día – brillaba colgado en las profundas llanuras azules del cielo, cuando adentro de cada hogar atlateco, nuestro Señor del fuego y del tiempo – el viejo, cálido y aún temerario, Huehuetotzintli – estaba tosiendo bajo los comales y las ollas, escupiendo cenizas incandescentes en el aire; tal como lo hace Su Hijo Popocatepetzintli – Señor de nuestro mundo conocido⁹ – cuando se atragantaba el humo que le gusta echar.

En mi casa – hecha de adobe como todas las casas de campesinos de nuestro valle –, estábamos con mis papás desayunando *tlaxcaltin* con salsa de *xitomatl* – preparada con *xoxocotl*, *xonacatl*, *cuahuchilli*, *acalipactli* y también con la rica *iztatl* – alrededor de un ramo preciosísimo de llamas coloradas, cuando de repente, se oyó claro el *pipichahuatl* cantar por aquí – en las cercanías. Mi mamá subrayó que estábamos pasando el umbral de aquella temporada y mi padre asintió con indiferencia. Escuché el canto de esta ave que salía de lo regular: se oía bien bonito y me preguntaba si su plumaje lo era tanto...

Después de haber desayunado mi papá agarró su hacha, puesto que iba como cada *macuilli* echar la mano al *coatequitl* en las orillas de Atongo – nuestra aldea. Mi mamá dijo que tenía su *textli* para el día, y me preguntó si quería ir con ella a la barranca. Acepté sin pensarlo; pues mientras ella iba a poder lavar, yo iba a poder bañarme con los niños que solían también acompañar a sus madres.

El patio de nuestra casa estaba floreado de *cacaloxochimeh* y de *aquilomeh* que aromaban de sus perfumes suaves nuestro jardín y se mezclaban con los otros. Me acurruqué al fin de alzar un *cacaloxochitl* anaranjado que acaba de caerse con el viento que paseaba por ahí, y lo estuve oliendo dejando mi *ilanmictli* elevarse hacia arriba como abajo... vi una columna de *tzitzicatl* pasar con su carga sobre el tecorril de nuestro patio – a la altura de mi mirada –, y mi mami me alcanzó con la ropa sucia. Olí la flor una vez más, la coloqué entre dos piedras y preste mis brazos a mi mama para ayudarla a cargar – como hombrecito ¿o como machito? salía igual.

En el camino, saludamos a nuestros paisanos que andaban vagando a sus ocupaciones, pero cuando llegamos a la ribera del arroyo, ya no encontramos a nadie... salvo a unos huitziltin que se paraban en medio de la barranca – justito encima del agua – para tomar. Mi mami me dijo que los Señores nos sonreían y Les sonreímos de vuelta, pero desde nuestras caritas prietitas. Luego le regresé la ropa y seguí observando la sonrisa divina; mi mamá, ella, tomó una parte de su quehacer y se metió al agua empezando a lavar, y a recordar cómo había yo llegado en su vida – para la cuatro centésima vez.

- Era un día de fin de temporada y el sagrado ramo de cuatro cientos llamas de *Ilhuicatzintli* tronaba en un cielo límpido – dijo al remojar las primeras ropas –, estaba tendiendo mi ropa en el *amacuahuitl* e iba a regresar al agua, cuando vi una canasta ancha bajar la corriente...

Me senté escuchándola, sin apartar la vista de aquellos huitziltin que se juntaban para echarse más agüita.

- Se oía un bebé que lloraba y me quedé asombrada dándome cuenta que los chillidos venían de la canasta – proseguía mi madre –, por supuesto me volví a meter al agua a toda velocidad, pues estaba solita y tenía miedo que se ahogue el chiquillo; o sea tú. Estuvo difícil, pero sí pude detener la canasta antes que se estrelle contra este *tepetatl* – dijo golpeando el monolito que estaba parado atrás de ella.

Me quité mi faldellín para meterme al agua y acercarme a los *huitziltin*, sin olvidar la pregunta que siempre le hacía para que siga con su relato:

- ¿Y de dónde venía *nonantzintli*?

- Esto no lo sabía y sigo sin saberlo – contestó con su sonrisa florida.

⁹ O sea todas las tierras del largo vestido de nuestro Señor Popocatepetzin – hijo de Huehuetotzin y de Tonantzin Tlalcihuatl. Por supuesto, sabíamos que había tierras más allá, con otros pueblos, otras gentes, pero no convivíamos más que por los *pochtecah* – los negociantes – y claro, por las flores de batalla – las guerras.

El agua burbujeaba al pasar mis hombros y seguía la corriente; estaba a dos pasos de los *huitziltin* y apenas escuchaba el relato de mi madre:

- Al rato *motahtzin* regreso del campo y pasó a ayudarme. Luego, te enseñé y le conté todo lo ocurrido, sin poder creer en mis propias palabras – proseguía con algo de melancolía en su voz.

Agarró otra ropa mojada, le echó su mezcla de ceniza con grasa de *huexolotl* – el jabón que se ocupaba en ese entonces – y la talló con ánimo, al pendiente de la cuerdisima intención de los Señores... ¿o del corazón sagrado de su *ilanmictli*? es como uno lo quiere ver.

- Al igual que yo, estaba contento al creer que podría ser los Señores que nos habían mandado el bebé que tanto habíamos anhelado, a pesar que Patecatzintli – siendo hombre – no se dejó llevar como mi flor divina, y me dijo que tú debías pertenecer a una señora que te había perdido; quizá mientras lavaba su ropa como yo. Así que nos acompañó a los dos a casa antes de subir a Atlán, al fin de investigar la supuesta pérdida de un bebecillo.

Los *huitziltin* que me conocían seguían ahí tomando y jugando... nada más aguardábamos las distancias de respeto y todo bien; cuanto a los demás, se habían ido y volaban como estrellas fugaces – encima de nuestras cabezas. Mi madre regresó a la ribera para tender la ropa que acababa de lavar, y agarró otra parte de su quehacer, para regresar al agua y seguir lavando, y recordando:

- El día ya estaba por desaparecerse cuando Patecatzin regresó sin ninguna noticia, más bien la gente no tenía ni idea de lo que estaba contado, hasta ciertas personas creyeron que andaba borracho como *tochtli* – además de su fama de *nahualli*, mi papi tenía también la fama de borracho, y con igual de razón.

- ¿Entonces nadie sabe de dónde vengo? – pregunté regresando por donde estaba mi mama; con la mandíbula en el agua y el cuerpo atrás.

- Yo creía, y sigo creyendo, que vienes del Tamoanchan – contestó mi mami –, aunque llegaste a nosotros por la locura de un desobligado: porque a una *nantzintli* nunca le ocurría poner su bebé en una canasta para deshacerse de él, en un arroyo o adonde sea. Cuanto a *motahtzintli*, a él no le gusta platicar de eso, prefiere quedarse callado para contemplar la nada... pero creo que en el fondo, llegamos a algo parecido – hizo mirando un *cacalotl* cruzar alto el cielo de nuestro mundo conocido.

Echó más mezcla de grasa y ceniza a mi ropa – pues tenía las peores manchas –, y sonreía ¿quién sabe por qué? Los *huitziltin* se rajaron y escuchamos una tormenta llegar... no eran las lluvias, sino las sobrinas de mi papá que se acercaban con sus tremendísimos hijos, los cuales estaban gritando cual el rugido de unos *tetecuanitl* hambrientos.